

UN ANÁLISIS DEL ENCUENTRO CULTURAL A PARTIR DE LAS REFLEXIONES DE RODOLFO KUSCH

María Clara Montivero de la Roza / Universidad de Buenos Aires

I. Introducción

La relación ser-estar, leída como cultura de sometimiento de lo originario, opera en el pensamiento latinoamericano desde la conquista. De acuerdo al análisis de Adriana Puiggrós (1996), sería en el momento de la “*escena fundante*” de la pedagogía -entendida como el acto primero de encuentro simbólico, es decir, de culturalización- donde se instala la estructuración de esta lógica de pensamiento.

En América Latina, esta primera instancia de encuentro cultural nos remite particularmente a la conquista europea en México, más específicamente a la lectura del Requerimiento a los Nahuas -por el cual quedan sujetos al yugo y a la obediencia de la Iglesia y del rey español- suceso que representa la actualización de la imposición y colonización de una cultura por otra -acto se reactualiza a lo largo de la historia latinoamericana, por ejemplo, en nuestro país, en el modelo sarmientino de fundación de los sistemas escolares.

A la luz de la perspectiva histórica, podemos analizar la oposición cultura colonizadora/ cultura sometida en un nivel antropológico-existencial o metafísico. La mirada euro-céntrica del conquistador-civilizador, es una mirada que instala un movimiento de objetivación. Y es justamente a partir de este gesto que Rodolfo Kusch caracteriza la lógica occidental del *ser*. El hombre occidental, dice Kusch, se mueve en una permanente búsqueda de sentidos, búsqueda que viene acompañada de un proceso de objetivación del mundo, y que se traduce en la transformación de su entorno en objetos de los que dispone para facilitar su existencia: “(...) o sea que es una solución que crea hacia afuera, como pura exterioridad, como invasión del mundo o como agresión del mundo y, ante todo, como creación de un nuevo mundo” (Kusch, 2007b:149). En última instancia, este deseo de convertir al mundo en un “patio de objetos” surge como un mecanismo de “control de vida”, de defensa al miedo original de vivir.

II. La negación como instancia totalizadora

Inscripta en un marco de crisis de la herencia moderna, crisis que plantea el fin de la unidad racional subjetiva como instancia de fundamentación, la mirada de Kusch brinda algunas herramientas para repensar la cultura latinoamericana desde otra lógica, una lógica de la negación, que instala un cambio radical en la relación de fundamentación racional del pensamiento de Occidente, y funciona, en este sentido, como agente de

descolonización. El planteo apunta específicamente a una inversión en el orden de fundamentación ontológica respecto de la existencia: el *estar* se instala como condición de posibilidad o instancia originadora del *ser*.

En “América Profunda” (Kusch, 2007b), Kusch contrapone la lógica occidental del *ser alguien* -que como decíamos implica un movimiento dinámico hacia afuera de constante significación y afirmación- a la del *mero estar originario*, característica propia de lo americano, que remite a un tipo de experiencia humana ligada a un movimiento más bien interno. El *estar* se instala en sectores no explorados por el pensamiento occidental, racionalidad que no alcanza a determinar la totalidad de la existencia, y con estas características conforma el campo indeterminado que está a la base de cualquier determinación del *ser*; es la barbarie de la que nos habla Sarmiento.

Por otro lado, en tanto expresa una indeterminación de base general, el *estar* conforma una dimensión universal que se contrapone a la procuración de sentidos para la existencia que invoca la noción de *ser alguien*, que no deja, en última instancia, de tener una aplicación individual.

Ahora bien, en vista del problema metodológico que plantea la barrera comunicacional que se alza entre el pensar occidental -culto- y la lógica negativa del *estar originario*, Kusch introduce el concepto de “doble verticalidad del pensar”. La negación, justamente, opera sobre el elemento común que permite el encuentro de las dos lógicas al introducir la pregunta por la “posibilidad del ser”, que es lo que queda como residuo de negar eso mismo que se afirma, es decir, de negar lo determinable. Lo irracional, lo emocional tiene, entonces, su propia lógica que parte de lo negativo, al tiempo que nos introduce en un campo de nuevas determinaciones, donde reside la profunda verdad del existir americano. En cierta forma, podríamos decir la negación es una afirmación encubierta, en tanto niega para mantener la posibilidad de la propia afirmación. Y esta *posibilidad de ser*, como proyecto de existir, es lo que en última instancia une las dos lógicas del pensar -la del pensar popular y el pensar culto occidental- como instancia totalizadora.

III. El *estar originario*, lo otro de la cultura

Si aplicamos el análisis precedente al ámbito cultural, advertimos que el *estar originario* que está a la base, esto es, por detrás de toda determinación cultural o intervención social, constituye una indeterminación que en cierta forma es impensable, porque es imposible de conceptualizar. En este sentido, es lo *otro* de la cultura, lo que excede, y con estas características funciona en el análisis de Kusch como fundamento del análisis cultural.

En “Un maestro a orillas del Titicaca” (2007a) Kusch ubica al lago Titicaca justamente en el lugar de lo que no se puede significar, de ese espacio vacío, libre de determinación, y que como tal, está abierto a la posibilidad de recibir multiplicidad de significados. En el texto, Kusch describe cómo, además de ser un fenómeno geográfico, el lago es sagrado para las culturas antiguas, fuente de extrañas leyendas para los

habitantes del pueblo que duerme a sus orillas, y cementerio de hombres y de ciudades sumergidas.

El lago es un símbolo para el boliviano, lo mismo que la Pampa lo es para nosotros los argentinos. ¿Símbolos de qué? Pues de la parte más profunda de nuestra alma y precisamente de algo inconfesable. Si algún día dijéramos lo que llevamos muy adentro del alma, eso mismo sería tan tremendo como el lago o como la pampa. Lago y pampa son la base. Si nos sacaran esa base nos sentiríamos como esos astronautas que han perdido la gravedad, ya no habría ni arriba ni abajo: seríamos una simple máquina que flota en el espacio. (Kusch, 2007a:187)

El lago, entonces, es el paisaje que sirve de piso y de escenario geográfico; es el *estar originario*, el punto de anclaje o referencia a partir del cual el hombre se constituye en el acto del encuentro simbólico, es decir, en el lugar y en el momento particular del encuentro cultural.

Retomando la inversión ontológica que planteábamos al comienzo, podríamos decir que el *ser*, en el plano cultural, se constituye como tal a partir de la estancia indeterminada, es decir, de lo no-cultural. Entonces, considerando el hecho de que el *estar* es lo indeterminado de la cultura, no podríamos de ninguna manera referirlo a la dimensión discursiva, simbólica, propia del ámbito cultural, en tanto perdería su carácter fundacional. Lo mismo ocurre con lo *otro*, que al hablar de “diversidad cultural” Carlos Cullen, retomando a Kusch, define como *mero estar*:

Son la resistencia, la insistencia y la vulnerabilidad quienes definen la diversidad cultural como “mero estar, no más”. Desde aquí es posible construir un espacio público intercultural, que haga de la razonabilidad, la argumentación, el reconocimiento y el cuidado, formas y estrategias de la justicia -justicia que preside la interacción de las culturas. (Cullen, 2003:69)

En este texto, donde analiza la noción de “espacio público intercultural”, Cullen afirma que lo diverso de la cultura, lo *otro* que no es cultura, es el *estar*. Es su condición de posibilidad pero no es lo cultural, y en tanto tal, no podemos referirlo desde el ámbito discursivo, pues dejaría de ser excedencia si se subsume al orden simbólico.

Frente al peligro de reducción del *otro en cuanto otro*, en “El lugar del otro en la educación moral” (2004), Cullen trata de pensar la otredad desde de la noción de “alteridad radical” como aquello que se ubica más allá del orden simbólico propio de la subjetividad. Al contemplar la necesidad de apertura a otro universo simbólico, el *otro*, que se presenta desde un ámbito completamente externo al universo de sujeto, lo interpela, lo convoca, y el sujeto se torna vulnerable ante dicha interpelación. Justamente a partir de esta idea Cullen elabora la noción de “espacio público intercultural” como forma de relación abierta a la exterioridad, es decir, a la interpelación del *otro*.

Detengámonos un momento en esta última caracterización. El *otro* como “exterioridad interpelante” termina convirtiendo al sujeto en agente responsable de esa interpelación, de ese llamado. En este sentido, observa Cullen, la alteridad expresa una relación ética basada en la responsabilidad ante la presencia del *otro*.

Lo que a partir de este análisis queremos señalar es que aquella exterioridad interpelante a la que remite la noción de “espacio público intercultural”, no es sino abordada desde el mismo universo simbólico del sujeto en función de la constitución de una subjetividad vulnerable. Y en tanto la alteridad no se define sino en relación a ese sujeto, y a la constitución de su identidad moral, el foco no terminaría de correrse de la mirada subjetiva del sujeto interpelado.

En algún punto, la caracterización de la otredad como “alteridad radical” no difiere de su caracterización como “diferencia”. El pensamiento de la diferencia, aún desde los márgenes del universo simbólico y cultural del sujeto, piensa al otro como instancia totalizadora que hace a la conformación de la identidad subjetiva. Así también la idea de alteridad, que al involucrar el proceso de constitución de la identidad moral del sujeto ante la presencia del otro, no se separa de la dinámica de conformación de identidad. Habría, en este gesto, una cierta determinación de eso *otro* excedente de la cultura, que se ha definido como necesariamente indeterminado, por lo que quedaría subsumido a un orden del que por definición no puede formar parte, a un orden que excede y que lo excede.

De acuerdo a este análisis, si consideramos que la noción de “espacio público intercultural” sienta sus bases en la caracterización de lo *otro* como excedencia, ¿no ocurre lo mismo? A fin de cuentas, la idea de “espacio público intercultural” como espacio abierto a la interpelación de lo *otro* termina absorbiéndolo en su propio orden, el de la subjetividad.

IV. Conclusiones

Habiendo analizado el cambio de perspectiva que propone Kusch para pensar el encuentro cultural americano, nos preguntamos hasta qué punto caracterizando al *otro* como “alteridad radical” no continuamos reactualizando este primer acto de cultura como instancia de dominación, es decir, si no reproducimos en el pensar latinoamericano la lógica de objetivación instalada en el momento de la conquista.

El mismo hecho de caracterizar la alteridad como agente interpelante del sujeto moral, interpelación que implica cierto dinamismo en la relación con el *otro*, lleva a la determinación del *otro* que en tanto *otro* de la cultura -remitiéndonos a la definición de Cullen- excede la posibilidad de una categorización conceptual.

Retomando el planteo de Kusch, señalábamos que la lógica occidental del *ser alguien* implica un movimiento dinámico hacia afuera de constante significación y conceptualización. En este sentido, sugerimos que de alguna manera la caracterización de la alteridad como elemento constitutivo de la subjetividad moral se inserta en la lógica de producción de conceptos y teoría propia del pensamiento culto, gesto que no expresa más que otro intento de nombrar, o bien, de objetivar la instancia fundamental

de la que se parte. Es ilusorio creer que al conceptualizar la alteridad vamos a poder “manipularla” cual objeto de la ciencia o de la técnica. Lo *otro* está ahí, y nos excede. Aún más, esa brecha, ese espacio, esa diferencia e indeterminación es justamente el lugar que no tenemos que perder de vista, que no podemos desaparecer si no queremos (en)cerrarnos.

No se trata, entonces, de encontrar sentidos no dichos ni de ubicarse en los márgenes de la racionalidad, sino de traspasar justamente esos límites, de ir más allá, o bien más acá del ámbito cultural de la subjetividad. Es hora de dejar de pensar, repensar y categorizar lo *otro* y pasar a darle un lugar desde el *mero estar*, del aquí y el ahora de la mirada presente.

Sólo resta el reconocimiento de lo que está afuera de la ecuación simplificadora del intelecto, en el lado de la pretendida barbarie.

Porque la tesis de la barbarie sigue en pie. No hemos avanzado en un ápice desde Sarmiento. Ha desaparecido la barbarie física, la del caudillo y la de la montonera, pero subsiste el terror ante un país bárbaro, la liquidación de un sentimiento de la barbarie. (Kusch, 2007c:237)

Bibliografía

- Cullen, C. (2003). "La construcción de un espacio público intercultural como alternativa a la asimetría de culturas en el contexto de la globalización. Perspectivas latinoamericanas" en Reigadas, M.C., Cullen, C., *Globalización y nuevas ciudadanías*, Mar del Plata, Suárez.
- Cullen, C. (2004). "El lugar del otro en la educación moral" en *Perfiles ético-políticos de la educación*, Buenos Aires, Paidós.
- Kusch, R. (2007a). "Un maestro a orillas del Titicaca" en *Obras Completas*, vol. 1, Rosario, Fundación Ross.
- Kusch, R. (2007b). "América Profunda", en *Obras Completas*, vol. 2, Rosario, Fundación Ross.
- Kusch, R. (2007c [1954]). "Inteligencia y barbarie", *Contorno* N°3, Buenos Aires, septiembre.
- Puiggrós, A. (1996). "Presencias y ausencias en la historiografía pedagógica latinoamericana", en Cucuzza, Héctor Rubén (comp.) *Historia de la Educación en debate*, Buenos Aires, Miño y Dávila.